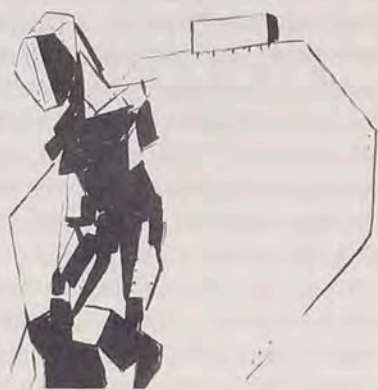


la productividad, que no deja espacio para la vida ni para la imaginación, o ante el terrible mensaje del poder, que quiere ver a los humanos sometidos a una disciplina agobiante, nuestros pueblos tienen ante sí sólo dos imperativos fundamentales: el imperativo de sobrevivir, como lo dictan las más hondas leyes de la naturaleza, y para lo cual es necesario salvar también a ese universo natural del que dependemos, y el imperativo de buscar la felicidad, la belleza y la armonía”.

Pero las buenas intenciones de un poeta con muy poca frecuencia rigen los destinos del mundo. No sé si sea demasiado negativista, pero mucho me temo que los planteamientos esperanzadores de William Ospina serán desoídos.



Por otra parte, pienso que es claro que cultural y racialmente somos una mezcolanza, como también es claro que ser esa mezcolanza no nos hace inferiores, pero tampoco nos hace superiores ante la historia (al fin de cuentas, yéndonos hacia atrás, todos somos mestizos en la inabarcable promiscuidad humana); ni hace que tengamos más o menos futuro que otras regiones del orbe cuyas culturas muestren síntomas de cansancio o agotamiento. El ingenio humano guarda para todos insospechadas sorpresas: hay también un “rumor de Biblia y guerra” en los días por venir.

Por último, quisiera hacer una observación final. Aunque la tendencia mundial, en cuanto a diseño, de estos libros de gran formato llamados en inglés *coffee-table books* es intercalar el texto con las fotogra-

fías, se hace muy incómoda su lectura. Sucede entonces que, generalmente, uno llega a casa de un amigo y se pone a hojear los dos o tres voluminosos tomos que hay dispuestos sobre la mesa de centro, mientras la empleada va a avisar que los invitados llegaron; pueden estar también en la mesa de la sala de espera de la dentistería o de la presidencia de la compañía a la que vamos a proponer ese proyecto fabuloso que nos ha tenido en estado de agitación durante las últimas semanas. Pero en todos los casos pasa exactamente lo mismo: uno pone sobre sus piernas el libro y comienza a dar vueltas a las páginas y a admirarse con las bellísimas fotografías interiores, con la calidad de la impresión, con el finísimo papel esmaltado, con el diseño, y comienza a embriagarse con el aroma de la tinta cuando invariablemente sale el amigo envuelto en un vaho de loción diciendo que ya viene o: “Siga, que el doctor lo está esperando”, mientras un sudor frío comienza a recorrerle la espalda pensando en el zumbido de la fresa, o el presidente de la compañía lo hace pasar a su oficina, mirando entre receloso y escéptico el portafolio en el que uno lleva el proyecto aquel. Y siempre, siempre, el libro se queda a medio mirar, digo, en cuanto a las fotografías, porque del texto ni hablar. ¿Quién —aparte del editor y unas pocas personas más involucradas en la preparación del libro— repito, quién se ha leído un texto de alguno de los muy bellos *coffee-table books*? *Nobody*. Debo aclarar que no soy diseñador, aunque he tenido alguna cercanía con esta clase de proyectos, pero soy lector, y en nombre de esa legión anónima quisiera pedir a los editores de este tipo de libros que los acompañen de un cuaderno con el texto —¿o debo decir *pocket-book*?—, que puede ir en un bolsillo en una de las contratas. Así el lector podrá observar las fotografías sobre una mesa y leer el texto cómodamente.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Retrospectivas desde el atolladero

Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI

Pedro Paulo Funari y Andrés Zarankin (compiladores)

Ediciones Uniandes, Bogotá, 2004, 144 págs.

Este libro es el primero de una serie con las ponencias presentadas en el III Encuentro Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur, *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, realizado en la Universidad de los Andes (Bogotá, 2002). El primero fue en Brasil (Vitoria, 1998) y el segundo en Argentina (Olavarría, 2000). Los coordinadores del simposio en Bogotá, el brasileño Pedro Paulo Funari y el argentino Andrés Zarankin, comparten una postura crítica de la arqueología en sus ensayos, el primero y el último entre los siete reunidos en este texto. El ensayo de Zarankin, “Hacia una arqueología histórica latinoamericana”, muestra las diversas corrientes teóricas de la arqueología en América desde fines del siglo XIX, con el evolucionismo, originado en Inglaterra, el cual pretendía que había un único pasado real y que las sociedades evolucionaban; su vigencia se extiende hasta 1920 aproximadamente, aunque todavía hoy se ventila en diversos medios la peregrina idea de que sólo es cuestión de tiempo para que las sociedades atrasadas se vuelvan sociedades avanzadas, tomando como modelo invariable a las mismas sociedades del norte que medran en detrimento del sur. Hasta dar con la corriente del posprocesualismo en los años ochenta, originado también en Inglaterra, que valida la acción de los individuos y deja ver la posibilidad de múltiples pasados “subjetivos” (Zarankin, pág. 132). Es un hecho que las diversas corrientes conviven al mismo tiempo, y precisa este autor: “Cabe destacar que la mayor parte de los trabajos en arqueología histórica en América han funciona-

do hasta nuestros días bajo una concepción normativa y tradicional de arqueología” (pág. 135). Se refiere, en este caso, al uso de ella como herramienta para confirmar documentos históricos, reducida a la mera descripción objetiva de artefactos, “arqueología como correlato material” (pág. 136) que, bajo el influjo de modelos teóricos y conceptuales anglosajones, sirve al rescate y al turismo. No obstante, hay ahora, y desde la década de los setenta en Brasil y Argentina, numerosos estudios arqueológicos que han incorporado nuevas herramientas y nuevos modelos “para trabajar de manera local con los procesos de conformación de nuestras sociedades latinoamericanas”, contribuyendo a construir “una arqueología histórica latinoamericana con identidad propia” (pág. 136). Agrega: “Considero que una arqueología histórica latinoamericana debe funcionar como una herramienta para cuestionar nuestra realidad desigual y como mecanismo de cambio social. Para ello es fundamental un compromiso político del arqueólogo, asumiendo su responsabilidad en la construcción de un pasado plural” (pág. 137). Reitera que “no puede continuar justificándose en Latinoamérica una arqueología histórica sin compromisos, que se contente con descripciones pasivas y lejanas de un supuesto pasado ‘verdadero’”. Al principio de su ensayo, Zarankin se refiere a las consecuencias de aplicación de un “modelo socio-económico perverso” en Latinoamérica (pág. 131), dando lugar a sociedades profundamente desiguales, y menciona el caso de Argentina, “uno de los mayores exportadores mundiales de alimentos, y con un índice de pobreza de aproximadamente el 15% en la década de 1980, actualmente (2002) el 53% de su población es pobre y el 30% desocupado” (pág. 131), en un proceso que continúa creciendo.

Los artículos de este libro, advierten Pedro Funari y Andrés Zarankin a manera de introducción, “buscan profundizar la ‘genealogía’ de la sociedad moderna en Latinoamérica”, asumiendo una visión “crítica de los

procesos históricos que generaron sociedades asimétricas y dependientes” (pág. 6). Tres, de las siete ponencias que trae el texto, son artículos de arqueólogos brasileños, dos son de homólogos colombianos y otros dos de investigadores argentinos. En el primero de ellos, “Conflicto e Interpretación en Palmares”, Pedro Paulo Funari se propone trabajar con grupos de personas “excluidas de la historia”, los negros esclavos que hacia 1600 trabajaban en la industria de la caña de azúcar en la costa nordeste del Brasil y huían, refugiándose en el interior y asentándose en aldeas que los portugueses llamaron *quilombos*. Palmares es uno de ellos, tenía su propio rey, “Zumbi”, quien muere ejecutado por mercenarios paulistas luego de ser arrasada la aldea junto con sus habitantes en 1694. En la década de 1980, *Palmares* fue “declarado patrimonio nacional”, y luego investigado por los arqueólogos (Funari, pág. 14). ¿Ironía de las cosas, propia de una sociedad *patriarcal* que cuida su *patrimonio*? A través de este caso, el autor quiere mostrar que la sociedad se encuentra en constante tensión y conflicto, y que “la cultura material es una vía válida para entender esta dinámica”. Intenta replicar a la idea tradicional de los arqueólogos de considerar homogéneas las sociedades. Los datos arqueológicos en el asentamiento de Palmares, sostiene Funari, “parecen reforzar la percepción” de que esta comunidad “no era homogénea: tenía jerarquías sociales y conflictos internos, además de los conflictos con los esclavistas” (pág. 15). Muestra, por otra parte, varias versiones del caso Palmares, dando a entender “la complejidad y subjetividad de la interpretación arqueológica en la construcción del pasado” (pág. 7). La parca lección del ensayo: “Si las sociedades son heterogéneas y presentan grupos maleables, no resulta lógico buscar en el pasado una pureza étnica y una homogeneidad que puedan servir de justificación para una discriminación actual” (pág. 15). Concluye que Palmares “es el reflejo de que los conflictos

sociales en una sociedad violenta contra diferentes grupos, dejaba a muchos como única opción la de huir” (pág. 16). Sorprende la abundante bibliografía al final, doce páginas, mientras el texto tiene sólo cinco páginas, bibliografía en buena parte dedicada al asunto de la historiografía negra en Brasil y al caso particular del rey Zumbi en el quilombo de Palmares, según algunos un rey gay, lo que habría dado lugar a una homofobia exaltada por parte de los mismos negros (véase Luiz Mott, *A Case of Fear of Gays by Blacks*, 1994).



A la argentina María Ximena Senatore le concierne particularmente el asunto de la *genealogía* de la sociedad moderna en Latinoamérica, la cual pretende rastrear estudiando el vínculo entre los documentos escritos y los espacios habitados, concentrando su estudio en el caso del poblamiento de la costa patagónica hecho por la corona española a finales del siglo XVIII: “Para esto se relacionan las ideas que rigieron el plan de colonización y el resultado de su materialización” (pág. 31). En un lugar desierto en la Patagonia austral, con el afán de protegerse de posibles ocupaciones inglesas o francesas, la corte española reclutó en La Coruña 1.900 personas entre 1778 y 1784, y las trasladó al río de la Plata, fundando, entre otras, la Nueva Colonia y Fuerte de Floridablanca en San Julián. Unas 150 personas poblaron este último sitio, entre ellos las familias de labriegos, y el experimento sólo duró cuatro años, “que

la población no podía sostenerse por sus propios medios” (pág. 32), dicen escuetamente los medios oficiales de la corona. Sostiene Senatore que este plan es una materialización de “una idea de sociedad que se relaciona con los discursos de la Ilustración española” (pág. 33), Carlos III y sus ministros pretendían fundar la sociedad igualitaria ideal, con base en la población agrícola y teniendo como eje central a la familia. Que una de las mayores preocupaciones expresadas en los escritos de la época entre los ilustrados, en el escenario español, fue “cómo superar el contraste entre la igualdad de los hombres, exigida por la naturaleza, y las diferencias reales que observan en la sociedad” (pág. 33, Senatore cita a Mestre Sachís, *La Ilustración*, 1993, subrayado mío). Este era el contexto del poblamiento patagónico. Sin embargo, advierte luego: “La sociedad española del siglo XVIII seguía siendo una sociedad estamental” (pág. 34). Uno se pregunta si este plan de poblamiento era en verdad del mismo tenor de los ejemplos que evoca el ensayo de Ximena, la colonización de Sierra Morena y Andalucía en la península (pág. 33), y si no era más bien un proyecto militar a secas, con todo y la representación del plan que se hacen a sí mismas las clases dominantes y que pretenden hacer valer en la misma comunidad, esta presunción de los ilustrados españoles casi *delirante*, la de una “igualdad de los hombres, exigida por la naturaleza”. Senatore sugiere esta versión, al observar que “los orígenes culturales de los cambios sociales del siglo XVIII, no residen en la supuesta armonía que une los actos y la ideología que los rige, sino en las discordancias que existen entre los discursos, que representando al mundo social, proponen su reorganización y las prácticas que inventan en su ejecución nuevas distribuciones y divisiones” (pág. 34). Empero, anota que hay un “paralelismo entre el tratamiento del espacio construido de la colonia y la documentación escrita, porque ambas construyen y le dan una organización material a la sociedad que re-

presenta” (pág. 38, subrayado mío). En un principio, las familias se ubican en sendas alas laterales enmarcando el fuerte con células-vivienda idénticas, fuerte que comparten con los funcionarios del rey, con los artilleros, con los encargados de fabricar armas en la maestranza, con los panaderos, los curas, los presos, etc. Luego, en una ampliación, se construyen viviendas también seriadadas para las familias de labriegos fuera del fuerte. El estudio concluye con una afirmación y una pregunta: “Las representaciones materiales analizadas en San Julián están mostrando una nueva forma de ordenamiento del mundo social en el que el ideal de igualdad y la idea de comunidad agrícola se intersectan confiriendo al concepto de familia patriarcal occidental y moderna un protagonismo como pilar de estructuración social. Cabe reflexionar en qué medida estos discursos continúan [sic, muchas erratas tipográficas del libro] en vigencia en la estructuración de nuestras sociedades en Latinoamérica” (pág. 50).



Carlos Eduardo López Castaño y Martha Cecilia Cano Echeverri arrancan su ensayo sobre las “Reocupaciones culturales en la región cafetera de la cordillera Central colombiana” con un tono desacostumbrado entre los investigadores: “Nuestra reflexión se inicia sentados en una banca de una Catedral *sui generis*. Con los ojos cerrados, invitamos a imaginar las curvaturas de esbeltas *guaduas* apuntando hacia el cielo” (pág. 57). La *guadua* fue materia prima para construir una cate-

dral alterna en Pereira luego del tremendo sismo de 1999 que afectara la catedral de Nuestra Señora de la Pobreza. Curiosamente, tras este sismo, “distintas reivindicaciones identitarias y patrimoniales cobraron un dinamismo inusitado” (pág. 58). La modesta y despreciada *guadua* le sirvió al arquitecto Simón Vélez para levantar una estructura “aérea y líquida”. Las obras en la antigua catedral implicaron estudios arqueológicos que despertaron “el interés por el período de contacto entre aborígenes e invasores foráneos” (pág. 59). Los autores, precisando que la actual Pereira era el sitio de la antigua Cartago fundada por Jorge Robledo, muestran el antiguo poblamiento aborígen de la región, tras las evidencias de los depósitos de cenizas volcánicas, y son críticos de la idea tradicional de una colonización antioqueña en el siglo XIX como base del nuevo poblamiento. Cuestionan también, examinando la arquitectura de la antigua catedral, “las visiones hegemónicas que han predominado sobre el patrimonio” (pág. 65). Al respecto citan en la bibliografía, al final, el estudio de Mónica Therrien, “Estrategias frente a un patrimonio cultural masculino, blanco y adulto”. La pregunta: “¿hasta dónde estos elementos (la madera, la *guadua*, los tonos marrones más bien que blancos de los ángeles, etc.) de la vida colonial o indígena efectivamente son algo propio (patrimonio) para los actuales habitantes de una ciudad como Pereira, identificada por los valores de la cultura cafetera?” (pág. 65). Cultura promovida por los colonizadores antioqueños aportando semillas de un arbusto foráneo que desplazó especies nativas. En la reformada catedral de Nuestra Señora de la Pobreza, donde los autores terminan el recorrido, resaltan el ladrillo y la madera, en el techo no prima el blanco ni las pinturas de estilo renacentista que antes adornaron la catedral. En fin, hacen un paralelo entre la conmoción que causó en los años sesenta el desnudo de Bolívar en el bronce de Rodrigo Arenas Betancourt, emplazado en la plaza

central de Pereira, y la arqueología e historia que “también pueden generar cambios o al menos reflexiones sobre la pureza y dirección de la historia tradicional o la historia oficial” (pág. 67).

El ensayo tal vez más jugoso, el más picante, entre los siete incluidos en este libro es el escrito por Monika Therrien, “*Dandies en Bogotá: Industrias para la civilización y el cambio, siglos XIX y XX*”, donde revela una escritura secreta propia de una “arqueología de la dominación en la que se ausculte los artificios a los que se recurre para ejercerla y la marginalidad que esta construye, sin que ello implique la oposición de sus actores como grupos humanos monolíticos” (pág. 106). Una fábrica de loza no lejos del piedemonte de Guadalupe en Bogotá, fundada en 1832 por el ilustre Rufino Cuervo, el militar Joaquín Acosta y el joven empresario antioqueño Nicolás Leiva, “constituye la disculpa para aproximarse a conocer las diversas estrategias [de una arqueología de la marginalidad] antes enunciadas” (pág. 109). La fábrica se trae casi montada desde Inglaterra y se emplaza en un “territorio de miedo”, tejida “a partir de los argumentos esgrimidos por una elite política y social del siglo XIX, que creía haber constatado la capacidad inherente tanto de la producción industrializada como del producto industrial, en este caso de la loza, para inducir a la población recién independizada a modos más civilizados de comportamiento” (pág. 110). Therrien sondea la atmósfera de la época, muestra los testimonios del viajero inglés J. Stuart en su estancia de once meses (1836) en Bogotá: “Robos y hurtos. Este asunto requiere un ítem aparte, pues aquí se nace ladrón, si así puede decirse; el latrocinio principia en los nativos en el mismo momento en que pueden moverse por sí solos”. Cordovez Moure echa leña al fuego refiriéndose a los “sucios” chircaleños de las periferias (véase *Reminiscencias*, 1997, pág. 597). La motivación del emplazamiento de la industria de la loza en tal locación era sobre todo “vigilar

y castigar”. De hecho, la disposición de la fábrica “rememora los principios del panóptico” (pág. 117). Aunque se viene a menos, convertida en inquilinato a la postre, la localidad sigue siendo pintada con los colores más sombríos, “iconos de inseguridad” (pág. 121), dice continuamente la prensa, “lo que ha conducido a sus moradores a acudir a la criminalidad para aislarse de quienes reiteran estos estereotipos y así defender su identidad y su autonomía como barrio” (pág. 121). Una forma de identidad, advierte la autora, “desconcertante para los científicos sociales, especialmente los arqueólogos, para quienes generalmente la desigualdad o la diferencia es simbolizada de manera positiva, en el sentido de que está plena de vestigios que indican la presencia de grupos opuestos discretos, que se confrontan con ‘armas culturales’” (pág. 121).

La pregunta original insiste, y los arqueólogos, entre otros, tienen la palabra: ¿Qué pasó para desembocar en este atolladero de civilización truncada por la civilización?

RODRIGO PÉREZ GIL

Un nombre que se inventa para hacer memoria

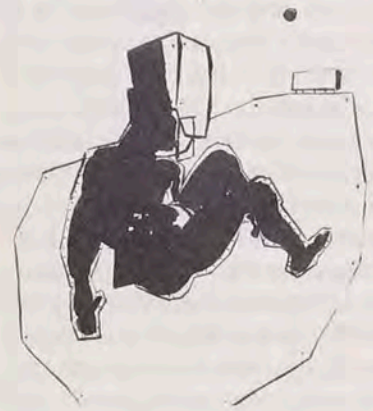
Tulato, ventana a la prehistoria de América

Andrea Brezzi

Villegas Editores, Bogotá, 2003, 620 págs., il.

Lo primero que se recomienda a tomar en las manos *Tulato, ventana a la prehistoria de América* es realizar un exorcismo, y no porque sea un libro de brujería, sino porque desde el prólogo, el autor, Andrea Brezzi, cuenta cómo, mientras dormía en un hotel en Esmeraldas (Ecuador), tuvo un curioso sueño

que de igual modo, en el mismo momento y en la misma habitación se duplicaba en Marta, su esposa. Hay que precisar que *Tulato*, como lo sugiere su subtítulo, es una ventana que al abrirse permite hacer arqueología sobre una cultura desaparecida que es recuperada para la memoria en todo un extenso volumen que superan las seis centenas de páginas.



¿Qué le había sucedido al investigador? Es normal que este tipo de cosas mágicas sean referidas por personas que estamos ancladas a un pasado cultural como el nuestro. Por ello se da que etnias de las cuales somos parte, y en las que vivimos muy por abajo de la línea del trópico de Cáncer, muy por arriba de la línea del trópico de Capricornio, muy cerca de la línea del Ecuador, sin importar el continente o el pedazo de mar en que el barco navegue, tengamos un cariño muy actual por lo fantástico, por esas cosas raras que a un europeo le queda difícil imaginar.

¿Un sueño compartido? ¿Un sueño que se reparte por igual y al mismo tiempo entre dos soñantes? ¿Es esto una ficción para cine o un comentario comercial para mayor venta de un libro? El autor prevenido explica: “El cuento es verídico y es un ejemplo del halo de magia que conservan los objetos precolombinos; especialmente aquellos de ciertas culturas, que —aun reducidos a fragmentos— parecen no perder su fuerza misteriosa” (pág. 17).

El encuentro con el más allá del italiano Brezzi y de su esposa Marta, convertidos ahora en arqueólogos